

# REGULACIÓN DEL USO DE LA TUBERCULINA A TRAVÉS DE LA LEGISLACIÓN DE LA PRIMERA MITAD DEL S. XX

283

## REGULATION ON TUBERCULIN USAGE VIA THE LEGISLATION OF THE FIRST HALF OF THE 20th CENTURY

**José Manuel Gutiérrez García**

*Doctor en Veterinaria. Unitat d'Història de la Medicina. Facultat de Medicina. Universitat Autònoma de Barcelona. 08193 Bellaterra (Barcelona)*

*Tel.: 93 581 33 52 – Fax: 93 581 17 74*

### RESUMEN

En esta comunicación se pretende hacer un análisis de las disposiciones legales que se promulgaron en la primera mitad del siglo XX, poniendo de relieve cómo ninguna de ellas decretó la obligatoriedad de someter al ganado a la prueba de la tuberculina. Paralelamente, se destaca la reacción del mundo profesional veterinario ante la reiterada no inclusión de esta prueba diagnóstica.

### SUMMARY

The objective of this paper is to analyse the legal dispositions that were promulgated in the first half of the 20th century, showing the lack of obligation to subject livestock to the tuberculin test. In a parallel way, the response of the veterinary professional bodies faced with the repeated non-inclusion of such a test is emphasized.

A principios del siglo XX, fueron varias las peticiones que se hicieron en diferentes ayuntamientos para que sus respectivos alcaldes ordenaran la tuberculinización de las vacas destinadas a la producción de leche, como ya se estaba haciendo en otros países<sup>1</sup>. De todos esos casos, el que más repercusión alcanzó tuvo lugar en Logroño.

El ayuntamiento de esa ciudad, con el beneplácito del Gobernador civil, había obligado a los dueños de las vaquerías que abastecían de leche a esa ciudad, a someter sus reses a la prueba de la tuberculina. Contra ese acuerdo recurrieron los interesados ante el Ministerio de la Gobernación, quien resolvió el recurso por la Real orden del uno de febrero de 1902, de conformidad con el informe de la Real Academia de Medicina y el Consejo de Sanidad, emitido en los siguientes términos:

“1. Que si bien hay razones científicas que permiten considerar la inyección de la tuberculina como un medio de establecer el diagnóstico anticipado de la tuberculosis de la especie bovina, existen aún muchos puntos dudosos acerca de su completa eficacia, así como de la inocuidad del procedimiento. 2. Que hasta tanto no se tenga mayores experiencias, no procede la imposición obligatoria de las inyecciones citadas, debiendo limitarse por ahora la acción del Estado a establecer centros o Institutos de inoculaciones, donde pudiera obtenerse el producto con las mejores garantías de pureza, suministrándolo gratuitamente a los ganaderos que se presten a someter sus reses a este medio de investigación. 3. Que, partiendo del supuesto, hoy generalmente admitido, de la transmisibilidad de la tuberculosis por la ingestión de la leche de vacas atacadas de dicha enfermedad, basta, para garantizar la salud pública, el examen microscópico de la leche o el uso de ésta esterilizada o hervida, medios de fácil empleo que no perjudican ni a los ganaderos ni a los consumidores”<sup>2</sup>.

El criterio adoptado por la Real Academia de Medicina rechazando la imposición de la prueba tuber-

284 culínica a las vacas lecheras fue duramente criticado por uno de sus miembros, Antonio Espina, quien presentó una enmienda a favor que no fue aceptada por dicha institución. después de proceder a su discusión. Espina hizo un repaso detallado de la cuestión en su aspecto histórico y legislativo, rebatiendo los puntos esgrimidos por nuestra la academia y subrayando el reconocimiento y eficacia que este medio diagnóstico tenía fuera de nuestras fronteras<sup>3</sup>.

A este dictamen de 1902 siguieron varias disposiciones; entre ellas, la ansiada Ley de Epizootias del 18 de diciembre de 1914 y el Reglamento provisional de dicha Ley aprobado por Real Decreto de 4 de junio de 1915 (*Gaceta* de 7 de junio). la cual tuvo importantes olvidos y equivocaciones sensibles, como fue, por ejemplo, El Reglamento provisional no recogía la no obligación de someter al ganado a la prueba de la tuberculina pero en algunos de sus artículos se contemplaba la posibilidad de ser utilizada en algunos casos. En efecto, el artículo 208 expresaba que por el Ministerio de Fomento a propuesta de la Inspección general, “podrán utilizarse todos los medios diagnósticos que se conocen en la actualidad o aquellos que se pongan en práctica en lo sucesivo, tanto para el ganado nacional como para el que se importe por las aduanas terrestres o marítimas”. El artículo 211, por su parte, prohibía la repoblación de establos donde hubiesen existido animales tuberculosos “sin su reconocimiento previo por el Inspector de Higiene y Sanidad pecuarias provincial o municipal”. En estos casos, la Inspección general debía indicar “en cada caso” los medios de diagnóstico que debían emplearse. Por último, el artículo 212 prohibía la importación de animales en los que se comprobaba la existencia de la enfermedad. En ninguno de los casos reseñados se hacía referencia a ningún medio diagnóstico particular para llevar a cabo el cumplimiento de estos artículos<sup>4</sup>.

Varias de las medidas de esta nueva ley sobre la tuberculosis bovina (artículos 207 al 212), se refirieron, sin mencionarlo, al empleo de esta prueba diagnóstica:

“Art. 208: Por el Ministerio de Fomento, a propuesta de la Inspección general, podrán utilizarse todos los medios diagnósticos que se conocen en la actualidad o aquellos que se pongan en práctica en lo sucesivo, tanto para el ganado nacional como para el que se importe por las Aduanas terrestres o marítimas.

Art. 211: Queda prohibida la repoblación de establos donde hayan existido animales tuberculosos, sin su reconocimiento previo por el Inspector de Higiene y Sanidad pecuarias, provincial o municipal. A este fin, la Inspección general dispondrá en cada caso los medios de diagnóstico que deban emplearse.

Art. 212: Se prohibirá la importación de animales en los que se compruebe la existencia de la enfermedad.”

En este sentido, Un artículo anónimo, firmado bajo el seudónimo de “pecuariófilo”, aparecido en la *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, criticaba la vaguedad los rodeos de este nuevo reglamento en relación al empleo de la tuberculina y lamentaba que finalmente no hubiera incluido no dispusiera la obligatoriedad de esta prueba diagnóstica.

Para el autor anónimo, el artículo que facultaba el uso de “los medios diagnósticos que se conocen” disponibles en ese momento, dejaba entrever, al mismo tiempo, una nula consecuencia en la práctica: “Como hemos dicho muchas veces, poder, hacer o poder utilizar una cosa no es lo mismo que hacerla o utilizarla... de todos modos creemos que de ese poder o derecho para emplear la tuberculina no se abusará mucho, por no poder cumplir la obligación de indemnizar.”<sup>5</sup>. En cuanto al artículo 211, su redacción permitía deducir que el reconocimiento aludido tenía que ir acompañado en cada caso de un medio especial de diagnóstico, puesto que era casi imposible efectuarlo clínicamente en vivo. “Pero ¿qué casos y qué medios son esos? Los casos no los adivinamos, pero esos medios ¿no son las tuberculinizaciones? Si es así, ¿por qué no se dice claro? ¿es que se teme algo o no se tiene confianza en la tuberculina?”<sup>6</sup>.

Por último, el artículo 212 último de los artículos que se ocupaba, sin nombrarla, de la tuberculina (artículo 212), suponía su aplicación sistemática en todos los casos de importación, único medio de poder llevar a cabo la referida comprobación, “pues de lo contrario entrarán en España muchas reses tuberculosas que por su buen aspecto y estado de carnes no inspirarán a los Inspectores la menor sospecha de que padecen esa enfermedad.”<sup>7</sup>.

Este sesgo legislativo que ignoraba en nuestro país la aplicación de la tuberculina con todas sus consecuencias se mantuvo en las disposiciones oficiales que se promulgaron con posterioridad, como fue el caso

del Reglamento definitivo para la ejecución de la Ley de epizootias aprobado por Real decreto de 30 de agosto 1917. 285

De la misma manera, el Reglamento de zoonosis transmisibles al hombre, aprobado por Real decreto de 15 de mayo de 1917 (*Gaceta* de 17) aprobando el Reglamento de zoonosis transmisibles al hombre<sup>8</sup>, no aportó ninguna modificación sustancial al respecto. Esta disposición, en su artículo número 18, ordenaba que toda res con lesiones mamarias, tos crónica o enflaquecimiento fuera sometida a la prueba de la tuberculina, o bien se recogieran muestras de la leche que producía para su análisis bacteriológico. Si por estos medios se diagnosticaba la tuberculosis, el inspector provincial de higiene pecuaria debía proceder según lo dictado en el Reglamento para la aplicación de la ley de Epizootias<sup>9</sup>.

Esta medida era, por definición, inservible. Por un lado, el diagnóstico clínico sólo permitía detectar una mínima parte de los casos de enfermedad. Y por otro, el diagnóstico de laboratorio nunca debía ser equiparado al establecido por reacciones tuberculínicas, mucho más seguro y eficaz.

La escasa consideración oficial de la tuberculina también se reflejó en la Orden y Reglamento para combatir epizootias de 26 de septiembre de 1933, cuyas disposiciones fueron prácticamente idénticas a las de la legislación anterior. Las únicas novedades vinieron dadas por sus artículos 153 y 158. El primero establecía la posibilidad de organizar, cuando fuera factible, la lucha directa contra esta infección “con la tuberculina, BCG, etc., que se empleará en los terneros y especialmente en las terneras de establos infectados, en los primeros ocho días del nacimiento y repitiendo la vacunación cada año”. De esta forma se contemplaba, por primera vez, la posibilidad de introducir un método de inmunización activa como procedimiento de erradicación, relegando el trascendental papel de la tuberculina a una simple mención. El segundo artículo reconocía, de forma implícita, la necesidad de emprender una campaña contra la tuberculosis bovina, dejando abierta la posibilidad de atajar la enfermedad por cualquiera de los métodos que ya se conocían: “El Ministerio de Agricultura dispondrá, cuando lo estime necesario, planes extraordinarios de lucha antituberculosa”<sup>10</sup>.

Aunque eran muchos los motivos que justificaban el inicio de una campaña contra la tuberculosis bovina, este nuevo reglamento sólo consignó ideas generales, y nada dictó en cuanto a medidas particulares o especiales. Además, la tuberculina fue inaccesible durante toda la primera mitad del siglo XX para la inmensa mayoría de los veterinarios españoles, situación que se derivó de la no obligatoriedad de su uso por los dictados de nuestra legislación.

Un ejemplo de la impotencia y resignación de nuestros técnicos, por la dificultad que tenían en hacerse con esta prueba diagnóstica, ha quedado ilustrada en el trabajo que se publicó en 1942, bajo el título, *¿Tiene usted tuberculina?* En él, Rodrigo Rodríguez, veterinario en Cospeito (Lugo), narraba el periplo que le había supuesto el intentar hacerse, desde hacía casi un año, con el referido producto: “...se me ocurrió pedir tuberculina a un importante Instituto de sueros y vacunas, en cuyo catálogo figuraba tal producto. Su contestación me puso sobre la pista: No tenemos existencias por estar suprimida la importación. ¿Qué raro, verdad? Suprimida la importación; pero ¿es que en España no se puede preparar la tuberculina?”<sup>11</sup>.

A esta negativa le siguieron otras de diferentes centros: “Otro Instituto aguantó mi demanda..., y otro..., y otro... y otro. Yo había leído el elevadísimo porcentaje en que el bacilo de Koch tipo bovino produce la meningitis infantil, y estaba dispuesto a borrar de mi conciencia todo átomo de responsabilidad controlando una por una las vacas que en mi comarca producían leche para el consumo público. Y por eso aguanté, una por una, las cuatro contestaciones negativas de los cuatro Institutos requeridos. Un día, en León, me topé con el bacteriólogo de uno de esos Institutos. Aunque yo ya había deducido el porqué de no fabricarse tuberculina, le interrogué, con la esperanza subconsciente de que la culpa fuese de ellos y no nuestra. He aquí su indiferente contestación: No, no hay tuberculina. Esta suprimida la importación, y nosotros no la preparamos porque cuesta bastante sostener un cultivo, y la demanda, ¿sabe?, es casi nula.”<sup>12</sup>.

Esta situación, sin embargo, contrastaba a ésta, significaron el alejamiento de nuestro país respecto a con la tendencia iniciada en otros estados europeos, que habían puesto en marcha eficaces procedimientos campañas de erradicación, basados principalmente en el diagnóstico precoz de la infección animal mediante la aplicación sistemática de la prueba tuberculínica. Pero para que la sanidad veterinaria pudiera desempeñar, en nuestro país, el papel que le correspondía, era imprescindible la revisión del reglamento vigente, y sustituirlo por otro que permitiera la búsqueda y eliminación de los animales tuberculosos.

- <sup>1</sup> Entre los ayuntamientos peticionarios podemos señalar los de Logroño, Málaga y Zaragoza.
- <sup>2</sup> FARRERAS SAMPERA, J.; SANZ EGAÑA, C. (1917) *Manual del veterinario inspector de mataderos, mercados y vaquerías*. 2 vol., Barcelona, Publicaciones de la "Revista Veterinaria de España". Cita de pp. 1049-1050.
- <sup>3</sup> ESPINA Y CAPÓ, A. (1902) De la Higiene, sobre inyección obligatoria de la tuberculina en el ganado vacuno. *La Veterinaria Española*, 45, 114-116, 128-130, 145-147, 163-164 y 277-279.
- <sup>4</sup> REGLAMENTO definitivo para la ejecución de la ley de Epizootias de 18 de diciembre de 1914, aprobado por Real Decreto de 30 de agosto de 1917. *Revista Veterinaria de España*, 11, 378-432.
- <sup>5</sup> PECUARIÓFILO (1915-1916) Crítica del Reglamento de la Ley de epizootias. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 5, 491-521. Cita de pp. 491-492.
- <sup>6</sup> *Ibid.* p. 492.
- <sup>7</sup> *Ibidem.*
- <sup>8</sup> Este Reglamento fue promulgado por el Ministerio de Gobernación, ya que la Ley de Epizootias dispuso, por su artículo 14, que cuando las enfermedades que padecieran los ganados fueran transmisibles a la especie humana, correspondería a este Ministerio dictar las medidas conducentes a evitar los peligros de contagio al hombre, pudiendo disponer para la ejecución de éstas, del personal dependiente del Ministerio de Fomento.
- <sup>9</sup> HUGUIER (1928) *Manual de veterinaria práctica. Formulario-Policía Sanitaria-Inspección de carnes- Jurisprudencia comercial-Legislación*. Vol. 2, Barcelona, Salvat Editores, 413 pp. Cita de p. 332.
- <sup>10</sup> LEGISLACIÓ Veterinària estatal. *Bases generales de organización de las Secciones de la Dirección General de Ganadería e Industrias pecuarias* (1937) Barcelona, Publicacions dels serveis de Veterinària de la Conselleria de Sanitat de la Generalitat de Catalunya, 220 pp. Cita de pp. 181-182.
- <sup>11</sup> RODRÍGUEZ, R. (1942) ¿Tiene usted tuberculina? *Veterinaria*, 6, 152-153. Cita de p. 152.
- <sup>12</sup> *Ibid.* pp. 152-153.